



www.senado2010.gob.mx

www.juridicas.unam.mx

Emiliano Zapata fue obregonista

Un religioso respeto a la dignidad personal y a la firme orientación revolucionaria que ha normado todos los actos de su vida pública, hizo que, en mayo de 1917, al inaugurarse el período constitucional del señor Carranza, el entonces secretario de la Guerra, general Alvaro Obregón, se retirara a la vida privada, subordinando así las conveniencias personales al imperativo de sus ideales, gesto del que nos ofrece nuevo gallardo ejemplo en su actitud reciente, al abandonar la paz del hogar y la tranquilidad de sus trabajos agrícolas, obedeciendo el llamado de los revolucionarios.

Por aquellos días, en la que debería llamarse hoy Tlaltizapán de Zapata, comentábamos el suceso con el coudillo suriano, y, como alguien del grupo sugiriera la idea de invitar al general Obregón, que muy frescos llevaba sobre la frente los laureles de la victoria conquistados en Celeya y en León, a que enarbolara en el Noroeste el pendón de las reivindicaciones sociales, Zapata arguyó:

—Obregón es revolucionario de verdad y por eso se retira de Carranza; él va ahora a su tierra y esperará el momento oportuno para volver a la lucha; será, entonces, nuestro hombre. Pondrá al servicio de nuestra causa —porque es la causa del pueblo a la que Obregón sirve—, su innegable ascendiente, su fuerte inteligencia, su poderosa voluntad y su corazón. Y será, entonces, ayuda quizás definitiva la que Obregón preste a la Revolución, o, cuando menos, de mayor valimiento que la que reportaría si viniese a sumar sus

energías, estérilmente, a nuestro sacrificio. No siempre vemos concluida la obra que emprendemos con nuestros entusiasmos; pero tengo mi fe puesta en Obregón y estoy seguro de que él continuará luchando por nuestra causa.

Claro ejemplo de videncia fue éste de Zapata; videncia innata en los campesinos que parece iniciarse en el hábito de distinguir a través de leguas y leguas, a donde no alcanzan a ver los ojos de los ciudadanos.

Intuición amplia y generosa; profecía de predestinado, que había de cumplirse más tarde.

Lo repetiremos una y otra vez, mientras tengamos esperanzas de hacer que un rayo de luz ilumine los obtusos cerebros de los retardatarios que, todavía después de diez y siete años de ejemplos palpados y vividos, aún ignoran o fingen ignorar, cuál fue y cuál es la causa básica, el origen de la Revolución Mexicana: el proletariado nacional, la gran masa de la población del país, al responder con las armas en la mano a la excitativa de los precursores de 1910, no persiguió más que un solo fin, una sola aspiración: alcanzar la liberación económica de los hombres de su clase, de los trabajadores del campo y del taller. Y a realizar ese ideal tendieron todos sus esfuerzos de luchadores y todos sus anhelos de oprimidos. Por eso la revolución encabezada por Zapata, tuvo desde sus orígenes, orientaciones de carácter social.

Los campesinos se levantaron en armas secundando el movimiento iniciado por Madero; pero no fueron revolucionarios únicamente por derrocar a Díaz, sino por trocar el sistema dictatorial de gobierno en un régimen de libertades, cimentado en la liberación económica de los ciudadanos, que es la base de todas las libertades, individuales o colectivas. No fueron "maderistas" porque los llamaran "revolucionarios", sino porque tuvieron fe en Madero, y por eso, cuando vieron que Madero cejaba en la lucha, permitiendo con la transacción de Ciudad Juárez que De la Barra substituyera a Díaz, Zapata, viendo defraudadas las esperanzas de los suyos y sintiendo la amenaza de las bayonetas de Huerta (entonces al servicio

de De la Barra), sostuvo sus armas y su actitud, esperando que Madero rectificara sus errores, ya que más de tres centurias de esclavitud y de miseria, sumaban muchos días de dolor, muchísimas horas de angustia, para que se calmaran con el "quítate tú para ponerme yo", que resultó del pacto de Ciudad Juárez. No fue así, desgraciadamente, y Madero abandonó a su suerte a sus sinceros, a sus fervientes admiradores del Sur.

Muy corta había sido la lucha para que hubiera restado energías y entusiasmos a los campesinos y, por el contrario, éstos se lanzaron con mayores bríos a la conquista de sus ideales y concretando en el Plan de Ayala su programa de principios y de acción, creando así su bandera propia, iniciaron con vigor el movimiento de emancipación rural que, ligado después al de emancipación obrera, vinieron a constituir las dos ramas medulares de la revolución que, desde entonces, sólo usa de los postulados de índole exclusivamente política, como medios para lograr su finalidad eminentemente social.

Esta verdad innegable, palpable, arraigada ya en la conciencia de todos aquellos que han sentido ventaja y alivio en su situación económica, de todos aquellos que han sido libertados del feudalismo de los campos y de la esclavitud de los talleres; esta verdad tangible, hecha realidad en los campos de lucha zapatistas, hizo que las huestes de Emiliano Zapata comprendieran que, mientras en el supremo gobierno de la República, no estuviera un hombre plenamente identificado con sus necesidades, con sus aspiraciones, con sus dolores y con sus miserias, ellos deberían impedir, a costa del sacrificio máximo, a ser preciso, que la postración del indio fuera eterna, que el abuso fuera ley inexorable, que la redención del paria no tuviera aurora. . . .

Fue una de las causas, quizás la principal, de que Zapata no estuviera con Carranza ya jefe del Gobierno: era demasiado tarde, había corrido ya mucha sangre cuando bajo la presión de un anhelo, de una necesidad nacional, surgió del carrancismo la famosa ley del 5 de enero de 1916, más por convenir así a los intereses de la facción que por convicción revolucionaria.

No era eso bastante a satisfacer las lógicas, las naturales desconfianzas de los campesinos; en contra de los beneficios prometidos en esa ley que no se cumpliría con la amplitud necesaria es-

taba la iniciación del continuismo de Carranza en el Poder; el encargado del Poder Ejecutivo se hacía “elegir” presidente constitucional y creando una nueva dictadura con todos los vicios de la porfiriana sepultaría en el más punible de los olvidos al proletariado de la República que había luchado por otras causas bien distintas que llevarlo al Poder.

Y como “los actos de esa administración no estaban de acuerdo con su conciencia”, el general Obregón dimitió su puesto oficial y se retiró de toda actividad política.

Fue entonces cuando para los verdaderos revolucionarios surgió recia, con perfiles perfectamente definidos, la figura del C. Obregón y fue entonces cuando Zapata adivinando a través de la distancia paridad de tendencias y afinidad de ideas y quizás presintiendo su prematura muerte puso su fe en la actuación futura de Alvaro Obregón.

Meses antes de morir, en agosto de 1918, el revolucionario morelense escribía al C. Obregón, en dos cartas (1), los siguientes conceptos que vienen a reafirmar la confianza que tuvo en que la obra de emancipación del proletariado tendría su más esforzado paladín en el revolucionario sonorense:

“Ya usted ha dado una prueba de alta cultura —le decía— y de innegable espíritu revolucionario al romper toda liga con la administración carrancista eludiendo abiertamente el compartir sus responsabilidades. Falta sólo que dé cima a su empresa de luchador ayudando a la nación a libertarse del más ignominioso de los despotismos que sobre ella han pesado.

“El momento es crítico y la obra de urgencia.

“La reacción que ha sabido esperar se siente ya fuerte y amenaza como una avalancha la conquista de la revolución.

“Clericales y acaudalados, felicistas y científicos, intelectuales y sugestionados, todo el conjunto que constituye la falange retardataria ha puesto manos a la obra y trabaja activamente.

“En el extranjero conspira e intriga, en las ciudades hace labor de prensa, labor financiera e intensos trabajos de propagan-

(1). Estas cartas, por diversas circunstancias no llegaron a su destino, pero fueron enviadas a prominentes miembros del P. L. C., a quienes también escribió el general Zapata y quienes sí recibieron esas epístolas. N. del A.

da; aprovecha todos los incidentes, explota todos los desaciertos, saca partido de todos los errores y de todos los crímenes de la camarilla que rodea al dictador. En los campos, los obscurantistas se valen de los fanáticos, de los antiguos caciques y de la gran fuerza que representan los intereses creados para extender cada vez más su esfera de acción y ganarse nuevos adeptos.

“Esto lo sentimos los que nos damos cuenta de los hechos y no nos dejamos engañar acerca de su significado. Usted, como yo, así lo verá y no dudo que sabrá obrar en consecuencia.

“Los acontecimientos que se han sucedido de cuatro años a esta parte nos han hecho conocer con toda claridad cuáles son los elementos auténticamente revolucionarios, genuinamente radicales que existen en la República.

“De un lado está el radicalismo agrario representado por la rebelión campesina que en muy diversas comarcas del país, pero principalmente en el Sur, lucha por la emancipación del trabajador del campo, y por ende en pro de la redención de la raza indígena singularmente olvidada en la mayor parte de nuestras contiendas intestinas. De otra parte y como factor correlativo a la vez que complementario del impulso agrarista ha operado y opera el radicalismo ciudadano, el de los hombres de la clase media y del proletariado de las ciudades, que exigen libertades políticas y tesis de reivindicación obrera.

“Este último elemento está representado, a no dudarlo, por el Partido Liberal Constitucionalista, del que usted es jefe autorizado.

“Y así es cómo unidas la revolución de la ciudad y la del campo harán llevar al triunfo los ideales regeneradores y reformistas; mientras que desunidas y en lamentable pugna como hasta aquí lo han estado sólo pueden conducir y de hecho han conducido a una lucha inacabable de la que sólo para la reacción pueden resultar ventajas.

“Que la revolución del campo represente el interés de la mayoría y la de la población signifique la condición incluíble para el erguimiento y la dignificación del indio mexicano nadie puede negarlo.

“Y que con la revolución de la ciudad estén vinculados poderosos agentes de progreso y en inevitable conexión con ella los problemas que atañen a la mejoría de la benemérita clase obrera es también cosa indubitable.

“El error fundamental en nuestras concepciones políticas y en toda nuestra actuación desde 1915 a la fecha consiste, pues, en haber mantenido divididas y en condiciones de combate esas dos fuerzas que deben sumarse la una a la otra en vez de restarse la una de la otra.

“Allí está la explicación del por qué en cuatro largos años no haya podido cimentarse la paz en nuestro país, a pesar del completo triunfo obtenido sobre la reacción representada en su última etapa por Victoriano Huerta.

“Y si esto es tan claro, ¿por qué no unificar a la revolución y hacer de ella un solo cuerpo?

“¿Por qué no realizar esa obra de patriotismo, de fraternidad y de concordia si para ello basta eliminar el espurio elemento personalista?”

Si el porvenir hubiera guardado entre sus misterios la confirmación de la videncia de Zapata aún corriera sangre de mártires por las campiñas nacionales convertidas en grandes aras de sacrificio en vez de ser grandes fuentes de producción y de vida.

Pero no; surgió Obregón. El Obregón que conjeturó Zapata.

Puso toda su fuerte inteligencia y su poderosa voluntad en redimir al paria y logró hacer la paz en México, interrumpida durante dos lustros de continuo batallar, no con la amenaza de los fusiles sino atrayendo a la vida del trabajo a los que tienen derecho a trabajar para vivir.

Obregón inició la etapa constructiva de la revolución.

Calles la ha continuado sabia, magníficamente.

Y el campesino y el obrero que bajo los auspicios de estos dos grandes gobernantes, honra y provecho de la revolución, han vislumbrado la aurora que iluminará su redención y han gustado ya de las mieles de la libertad y disfrutan de los beneficios del trabajo que alienta y dignifica, el obrero y el campesino exigen

un ciclo más de continuidad de la obra de Obregón y de Calles, que les garantice el afianzamiento de su completa emancipación.

Por eso están con Obregón los campesinos y los obreros de todo el país.

Y por eso, con rara y justa intuición, fue Emiliano Zapata el primer obregonista.



Doble valla de antiguos zapatistas esperando el paso de la comitiva.